

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los que dicen que la naturaleza es serena y maternal, quisiera yo que me explicasen en qué fundan su afirmación. Claro es que si vemos un prado

«verde é bien sencido, de flores bien poblado,»

ó un campo de trigo salpicado de amapolas, ó un bosque majestuoso que alombra el musgo, ó una fuente que habla, ó un valle repuesto, ó las márgenes de un río festoneadas de olmos y espadañas, ó cualquiera de tantos cuadros paisajeros como se ofrecen á la contemplación del soñador ó del poeta, entonamos un himno á esa naturaleza suave, bonita y sugestiva para el espíritu. Acerquémonos un poco más, y entonces acaso modifiquemos la primera impresión.

Lo que ante todo nos subleva en la naturaleza, es notar que su ley profunda es de destrucción y muerte. Cada ser tiene que destruir para subsistir, y aunque precisamente no destruye devorando, ello es que destruye suprimiendo ó ahogando á otros. Yo planté un valladar de romero en un talud donde existía un zarzal. Al pronto, las zarzas ahogaban al oloroso y simétrico matorral de las flores azules. Cuando el romero se hizo fuerte, á la vez asfixió á las zarzas. El álamo blanco, que sin cesar retoña, devora á las demás especies, si se le deja. El brutal eucalipto, *señor hecho aprisa*, chupa con sus musculosas raíces todo el jugo de la tierra y mata la vegetación á su alrededor; no consiente que nada medre á su sombra, ni que una ligera mata de hierbecilla saque la verde cabeza al través del terruño reseco y sangrado. El tojo ó aliaga devora al brezo; el brezo combate á la orquídea silvestre; la mala hierba trata de sofocar al trigo; la ortiga se apodera del terreno, hasta en los cementerios, donde se sustenta de lo que fué vida humana... He presenciado el espectáculo de una pelea entre vegetales, una pelea sin movimientos, estática, que no por eso dejaba de causar profunda impresión.—Un plátano y una araucaria imbricada se encontraban demasiado juntos para poder los dos desarrollarse suficientemente. A ambos lados de los combatientes; otros árboles crecían y se apretaban, tasándoles el aire y la luz. No quedaba espacio sino para uno—y eran dos.—La mano inhábil del jardinero no había sabido evitar el conflicto, eliminando de los dos adversarios el que menos valía, el vulgar plátano, y dejando á la bella araucaria, bella con belleza terrible y guerrera, la plaza al sol que necesitaba y exigía. El plátano, avanzando sus ramas duras y hojosas, empujaba á la conífera, torciéndola y desviándola de su majestuosa regularidad. La conífera á su vez, adelantaba sus cien brazos provistos de miles de púas, de cuchillos cortantes, como si quisiese con ellos apuñalar á su contrario. Y en los dos vegetales se traslucía la intención aviesa, la rabia colérica que parecía más siniestra aún por la inmovilidad, por el silencio, por la eterna fijeza de la actitud de ambos enemigos. Otras luchas son cortas. Estas duran tanto como duren los dos árboles: años, tal vez siglos—hasta que uno de los dos adversarios haya conseguido, primero la lenta decadencia, después la desaparición del otro.—Es un reto á quién vivirá más, á quién adquirirá más fuerzas y más empuje para deshacerse de lo que le estorba.

El fondo del mar, en vez de ser una Arcadia donde reinan la libertad y la armonía, es un refugio y un matadero, una vastísima naumaquia en que se asesinan las especies. En comparación del fondo del

mar, la tierra aparece pacífica, inofensiva. En efecto, las grandes profundidades submarinas se encuentran hirviendo en vida, y por consiguiente, hirviendo en muerte y destrucción. Ese hormiguero infinito de criaturas se sustenta de matar y comer á otras criaturas más ó menos fuertes, más ó menos ágiles y feroces—feroces lo son todos los organismos que pululan dentro del agua salada.—Perpetuamente viven los peces en estado de caza y guerra. No es sólo el pez grande el que devora al pequeño; es el pequeño el que se traga á otros, y hasta al grande, si puede. Cuando un cetáceo herido se refugia en alguna caverna tapizada de algas para morir, antes de que sobrevenga su último instante se están cebando en su grasa succulenta miriadas de peccecillos. Y el cadáver humano, el naufrago arrastrado por las olas, el triste suicida, no necesitan tropezar con tiburones para encontrar sepultura en vientres ávidos: los peces sabrosos con que nos regalamos en nuestras mesas, quizás se dieron el día anterior un festín á cuenta de la raza humana... No hay nada tan voraz como los peces, á no ser los crustáceos. Quizás, en nuestra fantasía, nos figuramos á los «simples peccecillos» pastando en las praderías de ovas, fucos y *correas* que tapizan los valles oceánicos. Serán vegetarianos los peces; pero si encuentran al alcance de sus dientes agudos un buen trozo de vianda, no lo desprecian. Perseguidos incesantemente por sus verdugos, huyen, se ocultan, se defienden con la emboscada, entre la obscura sombra de las profundidades.

¿Habéis considerado alguna vez las formas monstruosas que reviste la vida en el mar? No solamente son monstruosas, sino que algunas son repugnantes, asquerosas moralmente. Cuando las redes sacan de los bajos fondos seres desconocidos, nos quedamos absortos de lo que cría esa enorme criadora, la naturaleza, allí donde la materia, saturada de elementos de vida, obedece á los caprichos horribles, grotescos é inmorales de la fuerza que se cuida, «no del bien, sino sólo del ser,» como dijo enérgicamente el poeta.

Desde que los vapores pesqueros van más allá de los acostumbrados lugares donde antiguamente echaba sus redes y armaba sus artes y aparejos el pescador; desde que registran rincones antes inexplorados, hemos visto salir á luz legiones de monstruos, engendros del delirio y la fiebre. Aparecieron unos peces extraños, que tienen por ojos dos inmensas farolas semejantes á faros de automóvil: la criadora es providente, y dota de estos faros á los que necesitan recoger y concentrar toda la escasa luz difusa que existe en las grandes profundidades. Estos raros peces tienen la piel negrísima, y bajo la negra piel, una carne blanca, que en determinadas estaciones puede llamarse exquisita, porque se encrespa en capas y conchas revestidas de fina gelatina.

Las formas de peces, crustáceos y mariscos son más primitivas, por decirlo así, que las de los animales terrestres. Dijérase que les preceden—como enseña el Génesis—en el orden de la creación. El terror, el espanto característicos del exceso de vitalidad (no es sólo la muerte lo que aterra) nos estremecen cuando estudiamos sencillamente en un acuario algo de los misterios del mar. Allí hay engendros de pesadilla, larvas misteriosas, caprichos imposibles de imaginero gótico, extravagancias en que la naturaleza parece un bufón loco riéndose de sí mismo. Los pintores que agotaron su fantasía ideando bichos raros para poblar con ellos la penumbra de infierno que envuelve á los San Antonios en sus *Tentaciones*, no han conseguido llegar más allá que llega la realidad. Jetrás, por ejemplo, del cristal de los acuarios de la Villa de París. Y no hablemos de los zoófitos: son otro mundo, mixto del animal y la planta marina, con las monstruosidades de ambos reunidas y sumadas para que resulte una combinación de singularidad que no cabe ni en el lápiz de Goya.

Consiguió Víctor Hugo efectos de miedo sobrenatural con su descripción del pulpo. No había, sin embargo, en ella nada de exagerado. Si las dimensiones del cefalópodo que sale al encuentro á Gilliat en la gruta parecen desmedidas, su forma está retratada gráficamente, y en su forma, no en su tamaño, consiste que el pulpo sea algo tan estremecedor... Ved, si no, otra forma en que la naturaleza parece haber extremado la malignidad: ved la araña, que recuerda al pulpo por la circunstancia de llevar los largos brazos dispuestos alrededor de una masa central, que puede ser cabeza, vientre, ojos, no se sabe qué. La araña más gruesa, la *mingala*, no pasa generalmente de quince centímetros de diámetro. Y sin embargo, horripila como si midiese un metro. Me desdigo: no hay manera de figurarse lo que una araña de un metro sería. Creo que la gente, con verla tan sólo, se caería muerta de susto.

En las reducidas proporciones que alcanza en nuestros climas la araña, es ya un espantajo feroz.

Por mi parte confieso que tengo la desgracia de no poder sufrir la vista de esta clase de animalejos. Es una debilidad como otra cualquiera, y debilidad hereditaria, porque un abuelo mío, por cierto militar, y no cobarde, sufría síncope si tocaba casualmente á una araña ó la encontraba cerca. La gente, al enterarse de estas repulsiones nerviosas, exclama sentenciosamente: «Eso se domina con la voluntad.» No es cierto. Tales repugnancias brotan de ese fondo del instinto, que es superior á todo raciocinio. Justamente porque no se encuentran razonamientos en qué fundarlas, es por lo que no se pueden desterrar ni vencer.

En el sobresalto que inspira la araña hay algo más que un sencillo miedo. En nuestras latitudes, la araña no es dañina; apenas tiene veneno. Cuéntanse historias de personas picadas por arañas y que sufrieron graves trastornos, pero debo decir que no las he visto nunca. Lo de la tarántula en Nápoles tampoco debe de ser frecuente. En suma, la araña es un ser débil, al cual aplastamos sin el menor conato de realizar una hazaña. ¿Por qué hace su presencia que recorra nuestras venas un escalofrío? Es que su forma horrible parece una encarnación del espíritu del mal. El escalofrío que nos produce es el de lo sobrenatural maléfico.

El jesuita Padre Martín de Roa dedicó un tratado á explicar cómo están los condenados en el infierno; y en él habla de gusanos, serpientes, escuerzos y dragones, que contribuyen, con su presencia y sus picaduras y mordeduras, al suplicio de los infelices. Si el padre Roa (autor á quien con suma frecuencia citaba mi amigo D. Juan Valera) pensase en formas terroríficas de la vida animal, hubiese poblado su infierno de arañones. La araña es un ser satánico.

Todo es en ella extraño, hasta la propiedad que tiene—yo no explico, me refiero á hechos mil veces presenciados—de pararse cuando se invoca á San Jorge. Comprendo que no se crea este caso peregrino y usual; comprendo que se califique tal práctica de superstición... No por eso será menos exacto que la palabra «San Jorge!» detiene el descenso del horrible monstruo cuando se deja caer á plomo por la pared. No sé si otra palabra conseguiría igual resultado: quizás el bicho se para sencillamente al sonido de la voz. Buffon lo entiende así. Pero no puedo decir cuánto me impresiona estéticamente la idea del noble paladín celeste paralizando el movimiento del vestigio feo y malvado. Es un efecto hondamente poético, y me sugiere un sin fin de ideas y representaciones del más completo romanticismo.

En efecto, San Jorge es el guerrero ideal que, como Lohengrin, tiene por misión vencer y subyugar á la iniquidad, clavar su lanza en las fauces del maldito. San Jorge, en la hagiografía, y por mejor decir en la tradición, es el caballero sin miedo y sin tacha, ante el cual la mentira, la baja, la miseria, la villanía, huyen ó se rinden. Y la imaginación popular, al atribuir á San Jorge la virtud de detener á la araña, simboliza en la araña las fuerzas diabólicas del pecado y de la abyección; hace del insecto antipático por excelencia el emblema de lo deforme moralmente.

Todo esto, sobre el decirlo, es un subjetivismo; sucede dentro de nosotros... En la realidad externa, la araña es un insecto áptero, de la clase de los arácnidos, con ocho ojos, ocho patas de desigual longitud, un abdomen, ya redondo, ya flaco y escurrido, y con color que se confunde con el polvo en la araña doméstica, y que reviste brillantes matices en la araña laberíntica ó campesina. Esta araña ya no causa ni la mitad del disgusto que la otra. Algunas de esas arañas de jardín, que vienen entre las flores, serían hasta bonitas, por el color verde delicadísimo que las asemeja á un juguete de jade esculpido por un artista nipón, si lo siniestro de su hechura no persistiese bajo la gracia extraña de su ropaje.

Ya que hablo de arte japonés y de arañas, diré que los japoneses son maestros en imitar en sus juguetes las estructuras teratológicas. Figuras de arañas, langostas, escorpiones, cangrejos (el cangrejo es un monstruo de los más espantables) los hacen los japoneses con una perfección que crisa los nervios. No en vano el arte japonés es un arte, las más veces, de calentura, de grotesco, de misterio y temblor—lo más contrario al arte griego, que no nos ha legado sino monstruos hermosos: el centauro, el sátiro, el fauno, la sirena, y, como excepción, la arpa.

¿Encuentran ustedes que estas nimiedades y arañerías no merecen los honores de la crónica? Me las ha sugerido la desagradable vista de una de esas criaturas que yo suprimiría de la creación. Emboscada en su tela, clavaba sus tenazas, pinzas ó lo que sea, en el cuerpo trémulo y palpitante de una preciosa mosca verde esmeralda. Pequeño drama, con todo el horror de lo grande.

EMILIA PARDO BAZÁN.